devoción y la esparcía por todas partes. Queriendo imitarla en muerte, como la había imitado en vida, al llegar su postrer momento, mandó leer la descripción de los últimos momentos de Santa Mónica; y oyendo aquel período, donde se narra cuán poco le importaba á esta gran Santa morir lejos de su país, estrechó la mano de la señora Montmorency que estaba á su lado, y dijo mirándola con agrado: «He ahí un párrafo »que está escrito para mí.» Así, muriendo lejos de su querido Annecy, se unió en espíritu al último sentimiento de su amada maestra (2).

Lo que San Francisco de Sales y Santa Juana hicieron por extender y propagar el culto de Santa Mónica, lo hicieron más ó menos los Santos de aquella época; y sus palabras, nacidas de iguales sentimientos, despertaban por doquiera los mismos ecos. Así, pues, á medida que las circunstancias se presentaban más aflictivas y tristes, y se oía crecer el ruido sordo de la impiedad que asustaba á Bossuet y hacía temblar á Fenelón, veíase á las madres levantar temerosas sus ojos á Santa Mónica, y agruparse al pie de sus altares: preciso es confesar que nada podía consolarlas, fortificarlas y llenarlas de esperanza, como el ejemplo de esta madre afortunada que

(1) *Memorias* de la madre de Chaugy, pág. 286.

estrechaba contra su corazón al hijo salvado por sus propias lágrimas.

Mas la devoción á Santa Mónica estaba llamada á desarrollarse en el siglo XIX de un modo especial, por lo que diré. Entre los males de este siglo, hay uno sin precedentes. Háse visto un fenómeno que el mundo no había presenciado, y del cual la antigüedad pagana se hubiera asustado. Hombres sin Dios, sin altares, sin oración ni culto alguno; jóvenes que abdican á los dieciséis años la fe que mamaron en la cuna, llegando alguna vez hasta la tumba sin darse cuenta de que tienen alma, y de que deben algo á Dios que los ha criado; instruídos tal vez en las cosas de la tierra, pero completamente olvidados de la ciencia del cielo; en quienes no hay ni fe, ni esperanza, ni dulces alegrías, ni sentimientos nobles; y que salen del mundo ¡desgraciados! sin saber siquiera qué hay al fin de su camino. Pues, al lado de estos hombres hay casi siempre una mujer, que es esposa, ó madre, ó hija, ó hermana, la cual ve lo uno y presiente lo otro estremecida; sabe ese término inevitable, horroroso, y al verle llegar se abisma en el dolor.

Un mar de lágrimas se fué formando en los corazones durante medio siglo, transcurre algún tiempo más, y llega el 1.° de Mayo de 1850, en que rebosando se desbordó al pie del altar. Algu-

nas madres, las de más alcance y más apenadas de dolor, se reunieron en una humilde capilla de París, Nuestra Señora de Sión, que recientemente había edificado un distinguido sacerdote (1), y acordándose de la palabra de Jesucristo: «Si dos »ó tres se reuniesen en mi nombre, yo estaré en »medio de ellos», resolvieron llorar juntas, para hacer sus lágrimas más potentes: á este fin compusieron una oración por sus hijos, prometiendo rezarla todos los días, y convinieron en reunirse una vez cada mes al pie del mismo altar.

No tardó en verse cuán bien respondía esta piadosa asociación á las necesidades del siglo; pues apenas nacida, obtuvo súbito y grandísimo desarrollo que la llevó por todas partes. Aun no habían trascurrido cuatro años desde su instalación, y ya funcionaba (Enero de 1854) en Lille, en Amiens, en Nantes, en Versalles, en Cambrai, en Valenciennes, y antes de finalizar el año florecía en Belley, en Fréjus, en Tolón, en Burdeos, en Tours, en Coutances, en Rouen, en Bayeux: pasando las fronteras, se desarrollaba también en Inglaterra y Bélgica (2).

(1) El Revdo. P. Teodoro Ratisbonna, Superior general de la Compañía de Nuestra Señora de Sión, y primer director de las Madres cristianas.

(2) Memoria de la Sra. Luisa Jasson, presidenta de la Archicofradía, leída en la junta general celebrada el 19 de Marzo de 1855.

El año de 1855 fué más fecundo aún: la nueva Asociación se extendió á Constantinopla, Jerusalén, Pondichery y á la isla Mauricio, en Africa; á la Martinica y á Sidney, en la Oceanía; y mientras daba sombra bienhechora á los países de ultramar, echaba profundas raíces en Europa; partiendo de Francia, Londres, Dublín, Liverpol, Stockholmo, San Petersburgo, Odessa, Viena, Stuttgard, Fribourg, La Haya, Bolonia, Turín, Madrid, Chambery, Florencia, Lyón, Burdeos, Orleans, Amiens y Rouen, centros que llevaban la Asociación á las más pequeñas villas y á insignificantes aldeas (1).

No habían pasado todavía seis años de humildes oraciones y de lágrimas silenciosas pero fecundas, cuando el Soberano é inmortal Pontífice Pío IX, viendo ocupado el mundo por esta Asociación recién nacida, la saluda enternecido y con la satisfacción que se saluda en la tempestad el signo consolador que anuncia su fin.

No es posible dejar de enternecerse al contemplar su humilde origen; pero así es como siempre y especialmente ahora, se manifiesta Dios en sus obras. Quien hubiese dicho á los sencillos obreros de Lyon, que el óbolo mendigado por ellos de puerta en puerta produciría millones, para la

(1) Informe dado á la Asamblea general el 13 de Marzo de 1856.

propagación de la fe; les habría excitado á risa. El que hubiera anunciado á los pobres estudiantes del cuartel latino, asociados para servir á los pobres, que eran vanguardia del gran ejército de la caridad que cubriría luego el mundo, les hubiera sorprendido causándoles admiración. El que hubiese predicho al fundador de las «Hermanitas de los pobres», que antes de su muerte se aumentarían tanto que no podría contar el número de sus hijas, no hubiera sido creído. Así pasan las cosas al presente, como si ahora que el hombre orgulloso de su fuerza, de sus caminos de hierro y de sus telégrafos eléctricos, cree no necesitar el auxilio divino; Dios á su vez se complaciese en prescindir de las fuerzas humanas.

Apenas se reunieron las madres cristianas para rogar por sus hijos extraviados, la dulce y consoladora figura de Santa Mónica no podía menos de aparecer. Desde un principio pensaron en ella; pero la Santa ocupaba el último puesto entre seis ó siete Patronos de la Asociación: un poco más adelante su hermosa figura pierde las sombras, y se eleva sobre el horizonte de la Asociación, dejándose ver con luz tan dulce y tan pura, que después de la Santísima Virgen María, á la cual, en el cielo de la santidad, ningún astro igualará, Santa Mónica llega á ser la confidenta,

la patrona, el refugio, el asilo y la gran protectora de las madres cristianas.

Veamos lo que se les enseñó desde el principio. Habiéndose dignado el Soberano Pontífice por breve 11 de Marzo de 1856, elevar á Archicofradía la Asociación de Madres cristianas, Monseñor Sibour, Arzobispo de París entonces, convoca á las señoras asociadas para notificarlas esta gracia, y reunidas en la capilla de Nuestra Señora de Sión, les dirige un discurso, del cual nos permitiremos citar algunos fragmentos que pueden resumirse así: «Señoras, si queréis ser ver»daderas madres cristianas, tened siempre la »vista fija en Santa Mónica: no la olvidéis un »momento.»

«Sí, les decía, seguid el ejemplo de esta san»ta madre, que con sus oraciones ha conseguido »traer el hijo á los caminos de la piedad, y con »la gracia de Dios hizo de él un gran santo. Aca»so también vosotras tengáis que llorar los ex»travíos de un hijo, más, no desespereis, invocad »á Santa Mónica é imitadla. Es imposible que la »madre de Agustín no recuerde desde su altísi»mo cielo, las inquietudes que ella tuvo sobre la »tierra; es imposible que deje de apiadarse de »vuestra pena, y que no os obtenga la conver»sión de un hijo querido, ó su perseverancia en »la virtud.»

Continuando, Mons. Sibour pone de manifiesto ante estas madres la vida de la Santa, sus inquietudes, sus aflicciones, sus amargos dolores, sus fervorosas oraciones; y, cuando ha logrado llevarlas hasta la conversión del hijo, y que se fijen en los inefables goces que á ella siguieron, y en su muerte feliz y dulcísima, mediante la cual, termina en el cielo una vida admirable: «Decidme, señoras, exclama, ¿cuál es la madre »que no comprende todo esto, y que no partici»pa de tales sentimientos? ¿cuál la que, si su »hijo se extravía, no ruega á Dios, como Móni»ca, que le convierta? y una vez que este hijo »ha vuelto su corazón á Dios y á la fe y á la »virtud, ¿qué madre no desearía alejarse de este »mundo triste, para irse con su hijo allí donde »no existe el error, donde ya no hay extravíos »ni pecados, donde no penetran los enemigos, y »donde se vive en segura y constante felicidad?»

Exhortábalas después á merecer esta dicha, y á que sólo suspirasen con Santa Mónica por las moradas eternas, diciendo como ella: «¿Qué »me queda ya en la tierra? mi misión está ter»minada.»

No podía inaugurarse mejor la Asociación de Madres cristianas, ni interpretarse más fielmente el sentimiento de sus corazones.

Desde entonces, la Asociación continúa ha-

ciendo progresos que no quiero reseñar, añadiendo á los nombres antes citados los de Génova, Argel, Santiago, Buenos-Aires y las Indias (1). Por todas partes resuena el nombre de Santa Mónica, y no habla en las asambleas un Obispo ó sacerdote, sin que el nombre de la Santa salga espontáneamente de sus labios. He leído bastantes discursos y documentos referentes á la Asociación de Madres cristianas, y en todos ellos hallé palabras de alegre esperanza pronunciadas en sus reuniones: por todas partes he visto también que se elevan fervientes plegarias y calurosas felicitaciones á la incomparable madre, cuya imagen, desolada unas veces y otras alegre, preside tales asambleas, siendo su esperanza y su consuelo.

Cada día se va elevando más ese astro dulcísimo sobre el horizonte: las edades precedentes

(1) Véanse las Memorias anuales tan útiles y tan edificantes. Grandes fragmentos de éstas pueden leerse en el *Manual de la madre cristiana* por el P. Ratisbonna, edición de la casa Olmer, de París. También en la bella edición española de A. P. Dubrull, calle del Pez, número 6, año 1861. Por lo que hace á España, es muy consolador que la Asociación no sólo se ha establecido en Madrid, Barcelona, Burgos, Santander y otras ciudades de importancia, inscribiéndose en ellas las más distinguidas señoras, sino que ha penetrado en las villas, y se extiende con provecho de los labradores y gentes sencillas por gran número de aldeas.

le conocieron menos, porque no eran tan desgraciadas y Dios le había creado para nosotros. Hoy sale de la tumba, é iluminando á las madres cristianas, enjuga sus lágrimas, mitiga sus penas y les inspira cierta constancia invencible, fundada en la certeza de conseguir lo que desean.

No lo dudemos, vendrán mejores días: Dios se apiadará y no podrá menos de atender á cien mil madres cristianas, que oran fervientes por sus hijos. Él, á quien tan profundamente conmovió la viuda de Naín cuando seguía desolada el féretro del suyo, no dejará perecer una generación de hijos, empapada en lágrimas de sus madres.

Entretanto, Mónica santa, completad vuestra obra, y desde la gloria donde estrecháis al hijo de quien fuisteis dos veces madre, dirigid vuestras miradas sobre tantas cristianas que cumplen en este momento la noble y dolorosa misión que vos misma habéis llenado. Sostenedlas en las duras pruebas que sufren, y en la empresa de salvar á sus hijos; no permitáis que desfallezcan. ¡Oh madre afortunada! mirad con bondadosa sonrisa sus abundantes lágrimas, y haced que, al leer vuestra vida, aprendan todas que el fuego maligno inflamado á veces en el alma de sus hijos, tiene un enemigo que le domina, en el fuego

sagrado que arde y consume el corazón de las madres.

En cuanto á mí, que con tanto amor como buen deseo he procurado buscar las huellas, demasiado borradas, de vuestro paso por este mundo, ¡oh mujer incomparable! aun cuando mi trabajo no diera fruto, no por eso me arrepentiría de haberle emprendido. Al mostrarme, oh Mónica, vuestro corazón como premio de las tareas, me habéis revelado lo que debe ser el mío. Gracias á vuestras lecciones, sé hoy mejor que antes, lo que cuesta ganar las almas; y que si no se puede ser verdadera madre sin tener corazón de sacerdote, es todavía más imposible ser verdadero sacerdote, si no se tiene corazón de madre. En lo sucesivo, encargado por mi ministerio de traer á Dios tantos Agustinos, no me postraré ya desolado al pie de los santos altares, ignorando como he de conducirme. Vos me lo habéis enseñado ¡oh madre! Dichoso yo si aprovecho tales lecciones, y estimulado por vuestros ejemplos, triunfo de toda vacilación, consagrándome decidido y con más ardor que nunca, al arte sublime de separar las almas del camino de su ruina, para devolverlas á la verdad, á la virtud y á Dios.

FIN